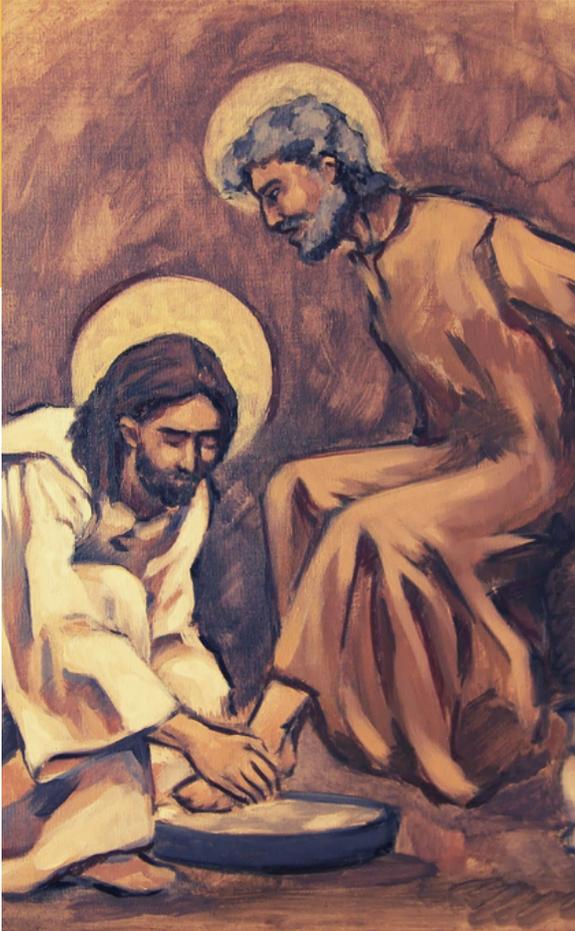




¡Ven y

sigueme!

**Hora Santa Vocacional
Jueves Santo 06 de abril**



LA ALEGRÍA DE SER UN CONSAGRADO DE DIOS

I. Exposición del Santísimo

Canto: Ser hoy tu corazón – Cristóbal Fones



Donde hay temor quiero calmar
Donde hay dolor consolar
Donde hay heridas pueda curar
Y el hambre alivianar.

Dame tu fuerza
Dame valor y compasión
Que hoy pueda ser Señor Tu Corazón.

Que la injusticia pueda enrostrar
Y donde hay yugos aligerar
Al oprimido liberar
Y el odio pueda serenar.

Dame tu fuerza...
Y cuando llegue el día
De verme en un mundo roto
Protégeme de la indolencia
Que a tu Pueblo pueda sostener.

Donde hay temor quiero calmar
Donde hay dolor consolar
Donde hay heridas pueda curar
Y el hambre alivianar.

Dame tu fuerza...
Y cuando acabe de darlo todo
Y aún queden vidas por sanar
Dame confiar
Que hoy puede en mí aún latir
Tu Corazón.

Invocación:

V/. Bendito, alabado y adorado
sea Jesús en el Santísimo
Sacramento del altar
R/. Sea para siempre bendito
y alabado (3)



Presidente

Señor Jesús, tú que nunca te cansas de salir a nuestro encuentro y que buscas que todos lleguemos a la plenitud de la felicidad. Hoy, nos presentamos ante ti con nuestro corazón abierto de par en par, sabiendo que en ti podemos encontrar descanso, fortaleza y ánimo para nuestra misión bautismal, desde la que nos convocas y nos llamas a amarte y seguirte más de cerca en los distintos caminos que nos conducen a la gran meta de la santidad: la vida matrimonial, la vida laical, el ministerio sacerdotal y la consagración religiosa.

En esta tarde escucha nuestra plegaria agradecida por tantos evangelizadores con entrega con sincera y generosa anuncian tu Evangelio en los distintos contextos de nuestra ciudad. Viene a nuestro pensamiento el rostro de sacerdotes, religiosos y consagrados que han correspondido a tu llamada para ser profetas y testigos del Reino.

Jesús, Buen Pastor, en esta hora estamos velando contigo, suplicando al Padre Celestial que siga enviando obreros a su mies. Suscita en nuestra Arquidiócesis de Bogotá vidas de jóvenes que estén dispuestos a escuchar tu voz y a seguirte por los caminos del Evangelio. Ayuda y conforta a aquellos sacerdotes y consagrados (as) que pasan situaciones de dificultad física y espiritual, para que mediante nuestra plegaria confiada encuentren sabiduría, consuelo, paz y fortaleza.

En esta hora en la que renuevas cada llamada, te suplicamos:

Señor, ¡danos laicos santos!
Señor ¡danos matrimonios santos!
Señor ¡danos religiosos santos!
Señor ¡danos sacerdotes santos!

María Virgen y Madre nuestra, quien experimentó la alegría de ser llamada por Dios a una misión especial nos acompañe, con su silencio y sacrificio ante la entrega redentora de su Hijo amado Jesucristo.

Canto: Tu palabra, Señor- Acordes de un músico católico.



Tu palabra, Señor, da la vida,
Tu palabra, Señor, da la paz,
Tu palabra, Señor, es eterna,
Tu palabra, Señor, es la verdad.

II. Proclamación de la Palabra

Lectura del Santo Evangelio según San Juan 17, 1-26

"Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar. Ahora, Padre, glorifícame tú, junto a ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los hombres que tú me has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra. Ahora ya saben que todo lo que me has dado viene de ti; porque las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de ti, y han creído que tú me has enviado. Por ellos ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura.



Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos mi alegría colmada. Yo les he dado tu Palabra, y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como yo no soy del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu Palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad. No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplan mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido y éstos han conocido que tú me has enviado. Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.»

Palabra del Señor

III. Meditación

Favorecemos un momento de silencio para interiorizar la Palabra de Dios.

Hoy centramos nuestra atención en la oración que Jesús dirige al Padre en la «Hora» de su elevación y glorificación (cf. Jn 17, 1-26). Como afirma el Catecismo de la Iglesia católica: «La tradición cristiana acertadamente la denomina la oración “sacerdotal” de Jesús. Es la oración de nuestro Sumo Sacerdote, inseparable de su sacrificio, de su “paso” [pascua] hacia el Padre donde él es “consagrado” enteramente al Padre» (n. 2747).

Esta oración de Jesús es comprensible en su extrema riqueza sobre todo si la colocamos en el trasfondo de la fiesta judía de la expiación, el Yom kippur. Ese día el Sumo Sacerdote realiza la expiación primero por sí mismo, luego por la clase sacerdotal y, finalmente, por toda la comunidad del pueblo. El objetivo es dar de nuevo al pueblo de Israel, después de las transgresiones de un año, la consciencia de la reconciliación con Dios, la consciencia de ser el pueblo elegido, el «pueblo santo» en medio de los demás pueblos. La oración de Jesús, presentada en el capítulo 17 del Evangelio según san Juan, retoma la estructura de esta fiesta. En esta noche Jesús se dirige al Padre en el momento en el que se está ofreciendo a sí mismo. Él, sacerdote y víctima, reza por sí mismo, por los apóstoles y por todos aquellos que creerán en él, por la Iglesia de todos los tiempos (cf. Jn 17, 20).

La oración que Jesús hace por sí mismo es la petición de su propia glorificación, de su propia «elevación» en su «Hora». En realidad, es más que una petición y que una declaración de plena disponibilidad a entrar, libre y generosamente, en el designio de Dios Padre que se cumple al ser entregado y en la muerte y resurrección. Esta «Hora» comenzó con la traición de Judas (cf. Jn 13, 31) y culminará en la ascensión de Jesús resucitado al Padre (cf. Jn 20, 17). Jesús comenta la salida de Judas del cenáculo con estas palabras: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él» (Jn 13, 31). No por casualidad, comienza la oración sacerdotal diciendo: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti» (Jn 17, 1).



La glorificación que Jesús pide para sí mismo, en calidad de Sumo Sacerdote, es el ingreso en la plena obediencia al Padre, una obediencia que lo conduce a su más plena condición filial: «Y ahora, Padre, glorifícame junto a ti con la gloria que yo tenía junto a ti antes que el mundo existiese» (Jn 17, 5). Esta disponibilidad y esta petición constituyen el primer acto del sacerdocio nuevo de Jesús, que consiste en entregarse totalmente en la cruz, y precisamente en la cruz —el acto supremo de amor— él es glorificado, porque el amor es la gloria verdadera, la gloria divina.

En unos minutos de silencio meditemos: ¿Me siento animado por Jesús, para vivir en obediencia a la voluntad del Padre Celestial? ¿De qué manera puedo expresar esa obediencia cada día?

El segundo momento de esta oración es la intercesión que Jesús hace por los discípulos que han estado con él. Son aquellos de los cuales Jesús puede decir al Padre: «He manifestado tu nombre a los que me diste de en medio del mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra» (Jn 17, 6). «Manifestar el nombre de Dios a los hombres» es la realización de una presencia nueva del Padre en medio del pueblo, de la humanidad. Este «manifestar» no es sólo una palabra, sino que es una realidad en Jesús; Dios está con nosotros, y así el nombre —su presencia con nosotros, el hecho de ser uno de nosotros— se ha hecho una «realidad». Por lo tanto, esta manifestación se realiza en la encarnación del Verbo. En Jesús Dios entra en la carne humana, se hace cercano de modo único y nuevo. Y esta presencia alcanza su cumbre en el sacrificio que Jesús realiza en su Pascua de muerte y resurrección.

En el centro de esta oración de intercesión y de expiación en favor de los discípulos está la petición de consagración. Jesús dice al Padre: «No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en la verdad: tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los envío también al mundo. Y por ellos yo me consagro a mí mismo, para que también ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17, 16-19). Pregunto: En este caso, ¿qué significa «consagrar»? Ante todo es necesario decir que propiamente «consagrado» o «santo» es sólo Dios. Consagrar, por lo tanto, quiere decir transferir una realidad —una persona o cosa— a la propiedad de Dios. Y en esto se presentan dos aspectos complementarios: por un lado, sacar de las cosas comunes, separar, «apartar» del ambiente de la vida personal del hombre para entregarse totalmente a Dios; y, por otro, esta separación, este traslado a la esfera de Dios, tiene el significado de «envío», de misión: precisamente porque al entregarse a Dios, la realidad, la persona consagrada existe «para» los demás, se entrega a los demás. Entregar a Dios quiere decir ya no pertenecerse a sí mismo, sino a todos. Es consagrado quien, como Jesús, es separado del mundo y apartado para Dios con vistas a una tarea y, precisamente por ello, está completamente a disposición de todos. Para los discípulos, será continuar la misión de Jesús, entregarse a Dios para estar así en misión para todos. La tarde de la Pascua, el Resucitado, al aparecerse a sus discípulos, les dirá: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo» (Jn 20, 21).

En un tiempo de silencio agradezco a Dios la vida de hombres y mujeres que han sido consagrados a su servicio, al tiempo que también suplico para que en nuestra Arquidiócesis haya santas y abundantes vocaciones sacerdotales y religiosas.



El tercer acto de esta oración sacerdotal extiende la mirada hasta el fin de los tiempos. En esta oración Jesús se dirige al Padre para interceder en favor de todos aquellos que serán conducidos a la fe mediante la misión inaugurada por los apóstoles y continuada en la historia: «No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos» (Jn 17, 20). Jesús ruega por la Iglesia de todos los tiempos, ruega también por nosotros. El Catecismo de la Iglesia católica comenta: «Jesús ha cumplido toda la obra del Padre, y su oración, al igual que su sacrificio, se extiende hasta la consumación de los siglos. La oración de la “Hora de Jesús” llena los últimos tiempos y los lleva a su consumación» (n. 2749).

La petición central de la oración sacerdotal de Jesús dedicada a sus discípulos de todos los tiempos es la petición de la futura unidad de cuantos creerán en él. Esa unidad no es producto del mundo, sino que proviene exclusivamente de la unidad divina y llega a nosotros del Padre mediante el Hijo y en el Espíritu Santo. Jesús invoca un don que proviene del cielo, y que tiene su efecto —real y perceptible— en la tierra. Él ruega «para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17, 21). La unidad de los cristianos, por una parte, es una realidad secreta que está en el corazón de las personas creyentes. Pero, al mismo tiempo esa unidad debe aparecer con toda claridad en la historia, debe aparecer para que el mundo crea; tiene un objetivo muy práctico y concreto, debe aparecer para que todos realmente sean uno. La unidad de los futuros discípulos, al ser unidad con Jesús —a quien el Padre envió al mundo—, es también la fuente originaria de la eficacia de la misión cristiana en el mundo.

«Podemos decir que en la oración sacerdotal de Jesús se cumple la institución de la Iglesia... Precisamente aquí, en el acto de la última Cena, Jesús crea la Iglesia. Porque, ¿qué es la Iglesia sino la comunidad de los discípulos que, mediante la fe en Jesucristo como enviado del Padre, recibe su unidad y se ve implicada en la misión de Jesús de salvar el mundo llevándolo al conocimiento de Dios? Aquí encontramos realmente una verdadera definición de la Iglesia.

La Iglesia nace de la oración de Jesús. Y esta oración no es solamente palabra: es el acto en que él se “consagra” a sí mismo, es decir, “se sacrifica” por la vida del mundo» (cf. Jesús de Nazaret, II, 123 s).

Jesús ruega para que sus discípulos sean uno. En virtud de esa unidad, recibida y custodiada, la Iglesia puede caminar «en el mundo» sin ser «del mundo» (cf. Jn 17, 16) y vivir la misión que le ha sido confiada para que el mundo crea en el Hijo y en el Padre que lo envió. La Iglesia se convierte entonces en el lugar donde continúa la misión misma de Cristo: sacar al «mundo» de la alienación del hombre de Dios y de sí mismo, es decir, sacarlo del pecado, para que vuelva a ser el mundo de Dios.

En silencio pidamos a Dios que nos ayude a entrar, de forma más plena, en el proyecto que tiene para cada uno de nosotros; pidámosle que nos «consagre» a él, que le pertenezcamos cada vez más, para poder amar cada vez más a los demás, a los cercanos y a los lejanos; pidámosle que seamos siempre capaces de abrir nuestra oración a las dimensiones del mundo, sin limitarla a la petición de ayuda para nuestros problemas, sino recordando ante el Señor a nuestro prójimo, comprendiendo la belleza de interceder por los demás; pidámosle el don de la unidad visible entre todos los creyentes en Cristo.



Canto: Sin miedo – Cristóbal Fones



Brilla en los ojos un fuego que arde
Y despierta una llama en mi corazón
Nueva es la paz y mayor la alegría
Los mismos colores, más otro el sabor

Es lo eterno que viene de ti
Es lo eterno que viene de ti

Hoy dejo atrás esa vida de siempre
Me pongo en camino, me ordeno hacia el fin
El amor me llama, conozco el deseo
Aunque pesa en mi vida el honor

Me hago más libre en busca de ti
Me hago más libre en busca de ti

Sin miedo abrazo y sigo tus pasos
Busco el camino, voy peregrino
Sin miedo me confío en tu gracia
Me pongo en marcha, tu amor me basta
Sin miedo abrazo, sigo tus pasos
Busco el camino, voy peregrino
Sin miedo me confío en tu gracia
Me pongo en marcha, tu amor me acompañará.

Pero en mis noches, me aferro de ti,
Este camino, al igual que otros muchos
Exige la lucha, no excluye el dolor.
Cabén mis rodeos y mis pies cansados
También esas voces que me hacen dudar.

Pero en mis noches, me aferro de ti
Veo más claro: he de estar vigilante
A los vientos que en guerra se enfrentan en mí
Luces, señales, banderas opuestas
Ofertas de gloria y prestigio fugaz.

No me acobardo, elijo a mi rey
No me acobardo, elijo a mi rey
Sin miedo abrazo y sigo tus pasos
Busco el camino, voy peregrino
Sin miedo me confío en tu gracia
Me pongo en marcha, tu amor me basta
Sin miedo abrazo, sigo tus pasos
Busco el camino, voy peregrino
Sin miedo me confío en tu gracia
Me pongo en marcha,
tu amor me acompañará.

IV. Oración de fieles

Presidente: Reunidos en torno a Jesús Maestro y Buen Pastor que siempre quiere tomar nuestra mano para llevarnos a sus hombros cuando por las diversas situaciones de la fragilidad humana nos hundimos y perdemos nuestro norte, digámosle con fe y alegría:

R/ Jesús, Maestro y Pastor acrecienta nuestra alegría.

- Por el Papa Francisco y los obispos, para que sigan mostrando tu rostro, como esperanza y fuerza allí donde impera el miedo y la injusticia.
- Por la Iglesia, para que siendo dócil a la acción tu Espíritu siga anunciando y fomentando el encuentro personal y comunitario contigo.
- Por los sacerdotes, religiosas, y personas consagradas, para que renovando su entrega a Ti, reflejen la alegría de ser llamados al servicio de tu Reino.
- Por todos los que andan sin un sentido de vida, para que ayudados por todos nosotros encuentren en Ti, la fuente de una vida plena y digna.
- Por quienes padecen en su cuerpo y en su espíritu el dolor y la enfermedad, para que sean confortados, acompañados y consolados por tu ternura y sanación.



- Por todos los niños y jóvenes de nuestra Arquidiócesis de Bogotá, para que, escuchando tu Voz, se dispongan a seguirte en la vida sacerdotal o religiosa.
- Por quienes estamos aquí reunidos, para que te reconozcamos como fuente de fe, esperanza y caridad ante las distintas situaciones que vivimos

Presidente: Jesús Maestro y Pastor, escucha las súplicas de tu pueblo y permítenos vivir en alegría sirviéndote a ti que eres el principio y fin de toda nuestra vida. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

V. Oración por las vocaciones



ORACIÓN por las vocaciones

Señor Jesús, Pastor Bueno, Tú que llamas a todos los jóvenes del mundo para que amen y llenen todos los ambientes de tu amor y de tu felicidad, abre sus mentes para que escuchen y respondan generosamente tu invitación:

¡Ven y sígueme!

Ensancha sus corazones para que sean sensibles a la realidad de nuestra ciudad-región y contemplen la eficacia transformadora del Evangelio que da sentido a la vida.

Concédeles que te descubran, como el valor supremo de su vida y que te sigan como único Maestro.

Mira, Señor Jesús, con bondad a esta comunidad para que sea como el hogar de Nazareth: escuela de escucha, de discernimiento, de fe y amor. Concédenos sembrar en su historia y en sus corazones la alegría de seguirte, para estar en donde tú los necesitas.

En unión con María, Reina de las vocaciones, te lo pedimos a tí que vives y reinas por los siglos de los siglos.
Amén.

Pastoral Vocacional Arquidiócesis de Bogotá

Contacto: 316 303 02 64

V. Ritos Finales



V/. Bendito, alabado y adorado sea Jesús en el Santísimo Sacramento del altar

R/. Sea para siempre bendito y alabado (3)

V/. Nos diste Señor el Pan del Cielo.

R/. Que contiene en sí todo deleite



Oremos: Señor Jesucristo, que en este Sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu Pasión, te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre, que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu Redención. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Presidente:

Bendito sea Dios.
Bendito sea su Santo Nombre.
Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre.
Bendito sea el Nombre de Jesús.
Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
Bendita sea su preciosísima sangre.
Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
Bendito sea el Espíritu Santo, el Consolador
Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
Bendita sea su gloriosa Asunción.
Bendito sea el Nombre de María, Virgen y Madre.
Bendito sea San José, su castísimo Esposo.
Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.